

27 de agosto de 1993

Comentarios para la película “Mi padre, un extraño” (Y never sang for my father)

“La muerte termina una vida, pero no termina una relación, la cual sigue luchando en la mente del sobreviviente buscando una resolución, que quizá nunca halle”.

Estas palabras acompañan una toma de padre e hijo que, en un abrazo mas bien tenso, dirigen su mirada hacia la cámara. El rostro del padre refleja, con los labios apretados, dureza y rigidez, egocentrismo y una actitud de cierto desafío y rebeldía, que luego aparecerá una y otra vez a lo largo de la película. Parece ni siquiera tomar noticia de la existencia del hijo que está a su lado.

El hijo, Gene, por su parte, expresa sufrimiento en su rostro. Una penuria que nos habla de sentimientos encontrados de amor y de odio, de rebelión y de sometimiento. Es él, el que pone su brazo alrededor de los hombros del padre. Y la cámara pasa entonces a enfocar el vacío que hay entre los dos. Esa distancia infranqueable que los separa.

Asi... comienza nuestra película.

Freud nos dice, con respecto a la saga de Edipo, que tiene que haber en nuestra interioridad una voz predispuesta a reconocer el imperio fatal del destino de Edipo. Que su destino nos conmueve únicamente porque podría haber sido el nuestro, porque antes de que nació el oráculo fulminó sobre nosotros esa misma maldición.

Refiriéndose a la vida amorosa del varón, dice: “quizá a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre. El rey Edipo, que dio muerte a su padre Layo y desposó a su madre Yocasta, no es sino el cumplimiento de deseo de nuestra infancia. Pero mas afortunados que él, y siempre que no nos hayamos vuelto psiconeuróticos, hemos logrado después desasir de nuestra madre nuestras pulsiones sexuales espantados frente a la persona en quién ese deseo primordial de la infancia se cumplió, y lo hacemos con todo el monto de represión que esos deseos sufrieron desde entonces en nuestra interioridad.

Como Edipo, vivimos en la ignorancia de esos deseos que ofenden la moral y que la naturaleza forzó en nosotros, y tras su revelación bien querríamos todos apartar la vista de las escenas de nuestra niñez.

Prosigue diciendo Freud, que en el texto mismo de la tragedia de Sófocles hay un indicio inconfundible de que la saga de Edipo ha brotado de un material onirico primordial, cuyo contenido es la **penosa turbación** de las relaciones con los padres por obra de las primeras mociones sexuales.

Aún no esclarecido Edipo, pero ya caviloso con el recuerdo del oráculo, Yocasta lo consuela mencionándole un sueño que tantísimos hombres sueñan, pero sin que eso, ella dice, importa nada:

“Son muchos los hombres que se han visto en sueños cohabitando con su madre: pero aquel para quien todo esto es nada, soporta sin pesadumbre la carga de la vida”. (Tomo 4, pág. 272)

Gene sale al encuentro de sus padres, que llegan de regreso de unas vacaciones. Ha conocido a una mujer encantadora en California y está impaciente por comunicarles su decisión de casarse y de ir a vivir con ella y sus hijos a ese lugar. Sus fantasías amorosas se notan con claridad cuando, mientras los está esperando, sonríe con comprensión al ver una pareja besándose apasionadamente. Será casualidad que su amada se llame Peggy, diminutivo de Margaret, que es el nombre que lleva su mamá?

Está impaciente... y también un tanto angustiado. Su rostro muestra preocupación y tiene un cierto presentimiento.... Algo le dice que no va a ser tan fácil comunicar esta noticia.

Tiene un presentimiento, porque la relación con los padres no es una relación de hoy. Es una relación que tiene historia, mucha historia. Una historia que, lamentablemente, a lo largo de los años se ha llenado de malos entendidos y que, como dice Chiozza, está tan cargada de las experiencias del pasado, que casi no tiene cabida el presente. El malestar y los malos entendidos aparecen sobre todo en la relación con el padre, con quien ya en el aeropuerto y en el viaje hacia la casa, se lo ve molesto e irritado. La madre, con quien tiene una relación afectuosa y tierna, le dice: “No puedes cambiarlo amor, es en vano intentarlo” y luego agrega, negando su propio malestar: “Pero es un hombre extraordinario. Mira como camina! Quizá no recuerde siempre a donde va, pero siempre lo hace con paso firme!”.

Es cierto, el padre es un hombre de ochenta años, que todavía tiene energía y vitalidad. Sin embargo, pareciera que es una vitalidad desaprovechada... una vitalidad que no lleva hacia una vida en forma, a un “estar conforme”, como señalan Chiozza, Dayen y Funosas en su trabajo sobre los significados inconscientes de la esclerosis. En ese trabajo nos dicen los autores, que “ser uno mismo” o “ser lo que se debe” es producto de un elástico vaivén, en el que, motivados por un genuino interesarse con las cosas, nos formamos con la circunstancia y al mismo tiempo la formamos con nosotros, en una influencia recíproca, que implica lo que, desde otro punto de vista, llamamos resignificar o resignar la vida.

Hace tiempo ya que Tom Garrison se ha dejado de interesar genuinamente por las cosas. Vive atrapado en el pasado, intentando encontrar, infructuosamente, una resolución para las relaciones con sus propios padres, que, aunque muertos, siguen vivos dentro de él.

También ya en el aeropuerto se escucha por primera vez una frase, que luego aparecerá repetidamente a lo largo de la película, y que tiene connotaciones muy particulares.

La madre, pero sobre todo el padre, le repiten una y otra vez a Gene, “Qué haríamos sin ti!” o “Sin ti nuestra vida ya no tendría sentido”. Chiozza nos dice que cuando alguien nos quiere, es importante que nos quiera “bien”, que “su” querer coincida con “nuestro” querer; y que no hay nada peor a que nos quieran “mal”. Por algo existe un dicho popular que dice que “hay amores que matan” y por algo existe una diferencia entre el “querer” y el “amar”. Cuando sobre todo el padre, le expresa que no sabe que haría sin él, no lo hace desde la genuina sensación de necesidad, carencia y pedido de ayuda, sino desde una actitud de extorsión melancólica, que resulta una pesada carga para Gene y lo llena de resentimiento y de culpa.

El malestar va in crescendo durante el viaje del aeropuerto hasta la casa, durante la conversación que mantienen en el garage, durante la cena a la cual Gene los invita, para contarles de las novedades de California y, por la noche, cuando Gene intenta comunicarse con el padre, quien, semidormido, tiene puesta la atención en la película de cow-boy que pasan por la televisión.

El momento mas dramático de esta secuencia de desencuentros, es sin duda el momento en que el padre le dice a Gene “si tu te vas a California, eso mataría a tu madre!” “ Tu sabes que no hay mucho mas para nosotros ahora. Dios, eres toda su vida... si que lo eres!”. La mirada de Gene refleja desesperación, horror e impotencia.

Quizá para salir de esa sensación de impotencia busca la relación sexual con Norma. “Me siento tratado como un niño desagradecido por ese viejo senil” le dice. “Lo odio. Y odio el odiarlo. Odio lo que me hace, porque cuando estoy cerca de él, de alguna forma me acobardo y por alguna maldita razón me siento culpable por dejarlos, discutiendo entre ellos”.

En su trabajo sobre la culpa y la responsabilidad, Funosos y Molteni citan a Weizsäcker, quien dice que el hombre se está realizando permanentemente de acuerdo a su querer, a su deber, a tener capacidad de, a estar obligado a, y a tener permiso de... La muerte, que no está referida solamente al acto de morir, se realiza, como todas las cosas de la vida, dentro de esas categorías páticas. Dice Weizsäcker que siempre se llega al momento en que se tiene que elegir entre matar o morir. Así como los otros con sus acciones nos dañan, nosotros ejercemos acciones que constituyen la muerte o el daño de nosotros mismos o de los demás. Aceptar la muerte como parte de la vida sería, en este sentido, aceptar el daño como algo perteneciente a la vida.

Señalan las autoras que, al sentirnos culpables, nos ahorramos el encuentro con la carencia, con el doloroso sentimiento de “no poder”, y que sostener esto nos mantiene en la ilusión de una realidad sin daño y por lo tanto, sin responsabilidad.

Si podemos reconocer el daño y aceptar la necesidad de responder por él, nos toleramos carentes y, de esta manera el sentimiento de culpa dejaría lugar al sentimiento de responsabilidad, habilitando, además, un camino para atemperar auténticamente el dolor.

Al día siguiente de su llegada, la madre de Gene es internada en un sanatorio y esa noche muere de una afección cardíaca.

La hermana Alice acude desde Chicago, donde vive desde que se casó con un judío y su padre la echó de la casa. La principal preocupación gira ahora en torno al futuro del padre. Se quedará solo en esa casa tan grande? Y si le pasa algo? Tolerará un ama de llaves? Irá a un asilo de ancianos? O aceptará vivir con alguno de ellos? El dolor y la angustia invaden a Gene cuando dice “no quiero que mi padre muera como un extraño!”. Cuando le proponen tomar un ama de llaves, el padre se enoja y se niega rotundamente, afirmando que siempre ha **necesitado** y también **sabido** muy bien cuidar de si mismo.

Finalmente llega Peggy, su novia de California.

La última escena de la película transcurre en el momento en el que el padre se va a dormir y Gene sube al dormitorio para decirle las buenas noches. Primero miran unas fotografías y se produce cierto acercamiento, pero, cuando Gene le comunica su decisión de casarse y de ir a California y le propone venir con ellos, la conversación se precipita hacia una violenta y amarga discusión colmada de acusaciones y reproches.

Gene exclama exasperado “Lamento tu miserable niñez. Pero no puedo remediarlo. Y eso no disculpa todo! Y te estoy agradecido. Y te admiro y respeto por lo que hiciste en tu vida. Pero eso no hace que te quiera y yo quería quererte” Odiaste a tu padre y yo vi lo que te produjo eso y no quiero odiarte!”. Finalmente el padre lo echa del cuarto diciendole “desde hoy considerame muerto”. “Quien te necesita! Puedo mirarle a cualquiera en los ojos y decirle vete al infierno!”.

Aquella noche Gene deja la casa de su padre para siempre. Toma la primera a la derecha y la segunda a la izquierda, pero esta vez sigue viaje hasta California.

Se vieron algunas veces después de eso, pero las arterias de Tom Garrison comenzaron a endurecerse y murió tiempo después luego de caer en una senilidad silenciosa.

A qué se debe la desesperación de Gene? Podríamos pensar que buscaba ilusoriamente que su padre le diera, por así decir, el “peromiso” para casarse y hacer su vida separandose de él. Eso que también a veces llamamos la “bendición”.

En su lugar, encontró resentimiento, ofensa, reproches y acusaciones... encontró la “mal-dición”.

Alice decía que Gene no aceptaría la tristeza de este mundo... Qué importaba si padre e hijo nunca se habían amado?

Será que no podía resignarse? Resignarse a que ese era el padre que tenía y que él no lo iba a cambiar.

Será que, como dijimos, no podía reconocer el daño, responder por él y soportar el doloroso sentimiento de carencia?

La película termina con la misma toma y con la misma frase con la que se inicia, quizá para indicarnos que esta es una temática universal y sempiterna, que va y que viene, y que es de muy difícil resolución.

Quisiera finalizar esta pequeña introducción con unas líneas en prosa, que encontré casualmente el otro día, y que dicen así:

Yo me ocupo de lo mio, tu te ocupas de lo tuyo.

Yo soy yo, tu eres tu.

Yo no estoy en este mundo para cumplir con tus expectativas.

Tu no estás en este mundo para cumplir con las mías.

Yo soy yo, tu eres tu.

Si nos encontramos, es hermoso.

Si esto no sucede, no se podrá remediar.